

CAPÍTULO 1

1

Día gris

Todo se había vuelto gris desde hacía un mes. La angustia de recordar el fatídico día la hacía llorar.

Pol se ha ido hace media hora; ella escuchó cómo le localizaban en el *busca*.

La ventana estaba abierta, entraba frío. Estaba inquieta; no encontraba qué hacer para poder cerrarla.

Tenía paralizadas las piernas desde aquel terrorífico día. Estaba hecha un ovillo. De repente se abrió la puerta; era Marga. Venía a ver si necesitaba algo.

Pol la llamó en cuanto que se dio cuenta de que había dejado la ventana abierta. Él no se había acordado de cerrarla, y estaba empezando a llover.

Marga, siempre tan amable y servicial. Ella siempre había vivido con su hermano; llevaba ya unos años de casada.

Un mes atrás, todo cambió de repente. Sus vidas giraron 180°.

Era viernes, a las ocho de la tarde, y acababa de salir de trabajar. Habían estado ensayando las últimas notas musicales para ese gran concierto. Ella iba

ensimismada en sus pensamientos. De repente apareció ese conductor ebrio, se pasó a la acera y la empujó contra el escaparate.

Solo recordaba haber despertado en el Hospital Central, llena de tubos y aparatos.

Había tenido mucha suerte: la habían trasladado donde trabajaba su marido Pol. Él se dio cuenta enseguida de la gravedad del asunto.

Llevaban tres años juntos. Ella estaba embarazada en el momento del accidente, de cuatro meses. Habían tardado en decidirse, pero por fin había llegado la hora. Anhelaban tener ese hijo. Lo perdió; ahora ya no podría volver a tener más familia. Y su aparato locomotor se había negado a andar.

Todo sucedió tan rápido que apenas vio cómo se le echaba encima. Solo tenía un flash de alguien chillando. Su cuerpo no paraba de sangrar.

Marga era la única hermana de Pol, siempre habían estado muy unidos. Sus padres habían fallecido cuando ellos eran unos adolescentes. Eran inmigrantes de Venezuela, no tenían más familia aquí que ellos mismos. Cuando murieron sus padres, Pol tenía 18 años recién cumplidos, y Marga 14. Él se hizo cargo de su hermana, responsable en todas y cada una de sus decisiones.

Sus padres habían emigrado cuando el corralito. Se habían instalado en el sur, buscaban raíces. Con sus ahorros habían montado su propio negocio. Tenían

una academia de música, y veían en ello su modo de vida.

Pol se hizo cargo de la academia; cuando sus padres fallecieron, se quedó con los dos profesores amigos. Ya habían pasado 15 años, y él sólito había hecho de su hermana toda una profesional de la música.

Begoña conoció a Marga en las clases. Ella estaba muy aventajada, terminando ya quinto de piano; pronto se hicieron grandes amigas.

Pol llevaba unos años ejerciendo la Medicina. Ellos se conocieron a través de su hermana en su cumpleaños, la habían invitado a casa junto con un compañero de la academia.

Cuando llegaron estaban todos reunidos en el salón. Pol charlaba con los profesores: Juanjo y Javier. Ellos eran los que impartían música en la academia. Al entrar en el salón, Pol se quedó hechizado ante su belleza. Su raza inglesa con su mezcla andaluza era un cóctel exquisito.

Pol les dijo que se encontrarán como en su casa. Begoña había llegado con Ángel, otro compañero de clase, para felicitar a Marga por su cumpleaños.

Ese día no se les olvidaría a ninguno. Marga cumplía 25 años, su hermano había querido agasajarla con una fiesta. Todo fueron risas con charlas amenas.

A Marga le gustaba Ángel, el compañero de clase de ambas, ellos todavía no se habían atrevido a decírselo a

Pol. Ese día terminando la reunión, Ángel cogió valor y hablo con Pol, y le pidió autorización para empezar a salir con su hermana. Pol no se negó; veía a su hermana hechizada por Ángel. Tuvieron un noviazgo de dos años.

Los hermanos vivían en una bonita casa en Cádiz, en Zahara de los Atunes; la casa era heredada de sus padres.

Cuando Marga se casó con Ángel, Pol hizo reformar la mansión en la que vivían, y la convirtió en dos viviendas unifamiliares juntas. No quería perder a su hermana de su lado.

Begoña y Pol anduvieron tonteando durante dos años, hasta que él se decidió a pedirle salir formalmente. Se fue a vivir con él; no estaban casados, llevaban juntos tres años desde aquel fatídico día.

Pol era neurocirujano. Estaba muy bien mirado en su profesión, era una eminencia, especialista en el tratamiento quirúrgico de lesiones y patologías que afectaban al sistema nervioso.

Él llevaba el caso de columna vertebral de su mujer: se había dañado la médula espinal, que contiene los nervios que transportan mensajes entre el cerebro y el cuerpo. La médula pasa a través del cuello y la espalda. Una lesión de la médula espinal es muy grave, porque puede causar pérdida del movimiento (parálisis). El coche le había arrollado varios metros, desplazándola. Según Pol, los músculos debían empezar a trabajar lo antes posible.

Llevaba ya mes y medio postrada, todos los días venía el *fisio* a darle masajes e intentar ponerla de pie.

Ella presentaba un aspecto ausente. Su cabeza no dejaba de dar vueltas; había perdido a su bebé. La habían puesto tratamiento farmacológico para el dolor, estaban esperando hacerle una cirugía de espalda para la descompresión lumbar. Pretendían hacer una micro-dicectomía, tenían que extraer una pequeña parte del hueso sobre la raíz nerviosa para aliviar el pinzamiento neuronal y así ofrecer más espacio para que sanase el nervio.

Marga llegó esa mañana a la habitación muy alegre. Como todos los días, pasaba a ayudar a su cuñada. Era muy correcta en sus actos. Le dijo:

—Mi niña, voy a cerrarte la ventana, que afuera está lloviendo y hace frío —se incorporó a un lado de la cama, diciéndole—: ¿Necesitas algo, Begoña?

Ella giró la cabeza diciendo que no, y Marga la arropó como si fuera su hija, besándola a continuación en la mejilla.

Eran las doce de la mañana. Despertó con el ruido de las voces de afuera.

—¡Tía, tía, tía! —chillaban las mellizas. Marta y Paz eran las hijas de Marga y Ángel.

Marga las regañaba, diciéndoles:

—No chilléis a la tía, ¡no es sorda!

Las mellizas la traían su vaso de zumo con sus pastillas para empezar el día, venían con el carrito, en él habían colocado un puñado de flores del jardín: violetas, que le encantaban a Begoña, y ellas lo sabían.

Marga la ayudó a incorporarse, mandó pasar a su asistenta Clotilde, y entre las dos la sentaron en su sillita de ruedas.

Las mellizas se pusieron cada una a un lado. Tenían solo tres años y medio, pero parecían mayores de su edad.

—¡Tita! ¿A que vas a venir al jardín con nosotras? Hoy hace muy buen día —dijo Marta—. Ya ha dejado de llover, y ha salido el sol.

—Sí, cariño, saldré con vosotras a pasear por el jardín en cuanto que me ayuden a asearme —contestó Begoña.

—¡Vale, vale! —gritaron las pequeñajas.

El día transcurrió muy despacio. Las agujas del reloj parecían no querer girar.

Eran ya las doce y media; tocaba la rehabilitación con Max. Este era amigo de Pol desde la infancia; sus padres vinieron juntos a España. Tanto los padres de Pol, ya fallecidos, como los de Max, siempre se habían llevado como familia.

Max era de la edad de Pol; cumplían los años el mismo día 25 de Navidad.

Era muy exigente con el trabajo que realizaba, se entregaba al máximo; pero también pedía participación por parte del paciente.

Decía que en su trabajo no había amiguismos: o dabas de tu parte o por contrario no habría una buena comunicación. Empatizaba con facilidad con sus pacientes.

Llegó con su sonrisa coloquial de siempre, y su saludo habitual:

—¡Hola, encanto! ¿Cómo amaneciste hoy? —la saludó con un pellizco en la mejilla.

Él, simplemente con verla, sabía cómo llevaba el día. No era de los peores; parecía que los calmantes le habían hecho más efecto la noche pasada. Desde que tuvo el accidente ya no dormía de un tirón; había noches en que Pol le tenía que inyectar calmantes. Los dolores eran exagerados por la noche.

Max la pellizcó en las piernas, y sonrió diciéndole:

—¡Vamos a ganar esta batalla!

Ella estaba parapléjica de las extremidades inferiores, tenía dañados unos cuantos axones. Los axones son extensiones de las células nerviosas que transportan las señales de la médula espinal hacia arriba y hacia abajo entre el cerebro y el resto del cuerpo.

Giró la silla de ruedas y la encaminó hacia la habitación que Pol había mandado rehabilitar específicamente solo para ella.

Max hacía énfasis en la recuperación y fortaleza de las piernas y los brazos. El programa estaba orientado al fortalecimiento con mejoría del dolor. Pronto sería su operación para intentar regenerar su médula espinal. Max le aportaba todo su apoyo incondicional, eran muy afines en muchas cosas. Había completado toda su tabla de ejercicios; él era serio en su trabajo, pero muy agradable al contacto.

Serían las dos y media cuando entró Pol. Venía a comer; siempre que podía escaparse un rato no dudaba en hacerlo. Pasó rápido a la habitación. Max se encontraba guardando sus cosas en el monumental maletín que traía todos los días.

Fue hasta ella, le guiñó un ojo, besándola en los labios, y saludó a su amigo como siempre; le invitó a comer con ellos.

Max dijo:

—Amigo, ¡hoy no! Tengo reunión familiar en casa, ya sabes, el *cumple* de mamá. ¡Ah! Por cierto, me comunicó que os dijera que esta noche os espera a cenar.

Pol, sin consultarla a ella, dijo:

—¡Allí estaremos!

Ella le miró sin ganas, para que él cambiara de opinión. Pol cruzó su mirada, y se fue hacia su amigo comunicándole:

—Esta noche estaremos allí. Tengo que comunicaros a todos la pronta recuperación de Begoña.

Ella se quedó perpleja, sin saber qué decir a lo que estaba escuchando; seguro que llegaba el gran día de su operación. No se encontraba con muchos ánimos, pero necesitaba que fuera cuanto antes, todo esto la estaba minando. Siempre fue una chica alegre, cariñosa, cantarina, optimista; todo eso había quedado de lado, ahora solo había en ella desconsuelo. Su dolor era superior, aunque intentaba no causarle a Pol muchas molestias; pero ya no era la mujer de la que él se había enamorado.

Llegó la noche; Pol estaba más locuaz de lo habitual ese día. La estuvo ayudando a ponerse el pantalón de raso negro que él le había regalado hacía unos años, junto con la blusa de seda de color vino. Ese día le dijo él lo que quería que se pusiera, le dijo que con ese conjunto resaltaba aún más toda su belleza.

Era irónico; ya no se encontraba bella. Su ilusión y entusiasmo por las cosas ya habían perdido todo su encanto, todo en ella se había convertido en rutina.

Marga vino, solícita, para ayudar a su cuñada; ella le hizo sus últimos retoques. Según ellos, ese día sería un paso importante en sus vidas.